



REDACCION Y ADMINISTRACION:
O'Reilly 54, entre Habana y Compostela.

SEMANARIO SATÍRICO.

DIBUJANTE CARICATURISTA:
Víctor P. de Landaluze (D. Junípero).

Año II.

PRECIOS DE SUSCRICION EN LA HABANA.
Un mes.....\$ 1,, Un año.....\$ 10,,
Seis meses.....\$ 5-25 Núm. suelto.....,, 25

Habana Octubre 18 de 1871.

PRECIOS DE SUSCRICION EN EL INTERIOR.
Tres meses\$ 3-75 Un año\$ 12-75
Seis meses.....\$ 7,, Núm suelto.....\$,, 30

Núm. 50



Excelentísimo Señor Don Romualdo Crespo de la Guerra.
Segundo Cabo de la Capitanía General de la Isla de Cuba.

Juan Palomo.

SUMARIO:

Menestra semanal, por Juan Palomo.—Boceto á la pluma del general Crespo, por Juan Lanas.—Cuentos de manigua: Las dos barajas (continuación), por Juan Sin-Tierra.—Epístolas á JUAN PALOMO: de Nueva York, por John Bull; de Puerto Rico, por Juanito.—Secretos (poesía), por Eusebio Blasco.—Sartenazos.

Ilustraciones.—Caricaturas, por Landaluse.—Retrato del general Crespo, por Cisneros.

MENESTRA SEMANAL.

Voy á empezar escribiendo unas pocas líneas, que no deberían leerlas más que los hombres imparciales que tienen el feo vicio de ocuparse algo de política.

¿Es V. hombre? (no me engañe V.) es V. político? es V. imparcial? desea V. conocer la marcha de los sucesos en nuestra patria? Pues á V. me dirijo.

Político é imparcial son dos adjetivos, que en cuanto se ven juntos tienen por fuerza que comprar un revólver cada uno para exterminar al contrario, porque son incompatibles; pero yo me tomo la libertad de usarlos á la par, dispensando á ustedes este señalado favor.

Digo todo esto al tanto de que es más peliagudo, hoy por hoy, averiguar por los periódicos la exacta situación política de España, que difícil nos es ahora saber qué pelo tenía el burro con cuya quijada hizo Cain aquella barbaridad fraternal, ó si al hablar la burra de Balaan lo hizo con acento extranjero, ó en qué sociedad de seguros estaba asegurado aquel templo que Sansón derribó de un puñetazo para hacer una tortilla con todos los filisteos.

No es exageración lo que digo; es únicamente dar el alerta para que no se engolfen ustedes mucho en la lectura de los diarios políticos peninsulares, y para que no tomen muy por lo serio sus noticias, si no quieren ser pupilos de Mazorra antes de mucho.

Cojamos un periódico cualquiera: ¿de qué partido ha de ser? ... Vaya, empecemos por el que se llama moderado, como podría llamarse cualquiera otra cosa, porque lo que es *moderación*, no la ha tenido nunca ni de mentirigillas.

Leamos:—"El gobierno se encuentra aislado; las clases acomodadas lo abandonan; la aristocracia huye de España, donde es imposible vivir; los capitales se retraen; la miseria cunde, y estamos siendo la bafa de las naciones europeas."

¡Válgame las once mil vírgenes, y alguna más si la encuentran ustedes al paso, qué cuadro tan desconsolador! No hay hombre, por adokinado que tenga el corazón, que no se conmueva al leer esto y lllore, al estilo de la Hueto en *El Furamento*, que llora entornando los ojos con picaresca gracia, aplicándose el puño cerrado á uno de los susodichos ojos y bajando la cabeza, y aunque se vé que se le escapa una sonrisa por debajo de la nariz, consta en autos que lloriquea y el libreto asegura que está triste.

Venga un periódico ministerial:

"La próspera situación de España, gracias al patriotismo y a cierto de los gobiernos que levantó la revolución, permite á los hombres de negocios emplear su capital en empresas de utilidad pública, que llevan el bienestar á todas las clases, como lo prueban terminantemente la animación y el aspecto risueño que presentan las grandes poblaciones de la Península."

Hombre, esto es ya otra cosa; ¡qué alegría! si dá gana de coger la guitarra y cantar unas playeras!

Pero díganme ustedes, ¿hablan de una misma España los dos periódicos?

Tiene la palabra un periódico carlista:

"Mientras el sentido moral esté pervertido, mientras en vez de un pueblo de creyentes, tengamos un pueblo impío, que se mofa de la religión y rinde culto al racionalismo de la época, no es posible que los pueblos tengan paz, ni orden, ni pesetas columnarias."

¡Caramba, este carlista tiene razón! A quién se la habrá comprado? porque lo que es tener razón natural un carlista....

Leerémos ahora este periódico republicano:

"¿Queréis tener un puesto preferente en la civilización? Cómo ha de ser libre y civilizado un pue-

blo fanático, que está completamente dominado por la clerecía y que aún admite indulgencias en vez de beber petróleo? España vivirá siempre esquilmada y pobre mientras no se mate la preocupación y el fanatismo."

Pero, señor, en qué quedamos? ¿Quién tiene razón? Empiezo á confundirme; empiezo á vacilar, empiezo á volverme tarumba.

Páusa.

Durante esta páusa, medito y me rasco detrás de la oreja. Después tomo un colega montpensierista, que me vá á sacar de dudas:

"La última fiesta de la corte, dice, se distinguió por la frialdad que en ella reinó. Media docena de damas, que no brillan por su elegancia y cuyos nombres son enteramente desconocidos, y completa ausencia de aquellas ilustraciones que forman el orgullo de nuestra sociedad."

¡Qué tristeza! Lástima es que no esté aquí la Hueto para llorar, como se llora en las zarzuelas!

Aquí hay un diario *fronterizo*: este sí que nos vá á poner al corriente de todo, confirmando y ampliando lo que relata el montpensierista:

Ajá! atención:

"Los salones de palacio se vieron anoche concurridos como nunca, por lo más florido de la alta sociedad madrileña"....

Háganme ustedes el favor de pegarme un tiro ó dos, porque ó tengo telarañas en los ojos, ó he perdido la chaveta, ó España es un país como Jáuja, del que todos hablan y nadie conoce.

Cuando haya de escribirse la historia, verémos de dónde se toman los datos, que no sean de esos órganos de Móstoletos, que por el bien parecer se nombran órganos de la opinión pública.

Y entretanto que la historia se escribe ¡oh piadoso lector! no creas á pié juntillas lo que ni unos ni otros te cuenten, porque en todos hay pasión y deseos de echar bravatas. Antes de formar tu opinión, medita, estudia, indaga, busca, escudriña, revuelve, mira, escucha, observa, olfatea, adivina, come alguna friolera, toma café con leche, y después de una breve pausa de un par de meses, decídete á esclamar:

—Y á mí qué?

Si sigues mi prudente consejo, estate seguro de que no has de errar.

El feroz Sanguilí ha pagado con la vida sus muchas fechorías, pero su vida ha costado también la de un valiente, la de un héroe, la de un hijo ilustre de la noble España.

El sargento Lorenzo Plan, aprehensor del sanguinario cabecilla, viendo perdida su presa, porque crecido número de enemigos lo estrechaba, prefirió morir en la lucha, atravesando ántes de un balazo el pecho de su prisionero.

A Lorenzo Plan le era muy fácil salvarse entregando á Sanguilí á los que querían rescatarlo; hizo, sin embargo, el sacrificio de su vida por librar á España de un enemigo implacable.

¡Llor eterno á la memoria del héroe!

Aníbal Monroy y Lorenzo Plan, son las dos figuras que se han destacado en estos últimos días.

Y á propósito; Aníbal Monroy no tiene más que 18 años.

Corran ustedes la voz entre las niñas bonitas... á los efectos consiguientes.

JUAN PALOMO.

BOCETOS A LA PLUMA.

EL GENERAL CRESPO.

El 29 del pasado mes se embarcó en Cádiz con rumbo á la isla de Cuba el joven y bizarro general Crespo, nombrado para desempeñar el cargo de Segundo Cabo en esta Capitanía general.

Vamos á dar á nuestros lectores una ligera idea de la vida militar y política de quien en breve se ha de encontrar entre nosotros, con el laudable propósito de cooperar con su clara inteligencia, recto carácter, acrisolado patriotismo é indomable esfuerzo, á la anhelada pacificación de esta provincia española.

Por los años 35 y 36 ingresó Crespo, muy niño todavía, en el Colegio de Nobles de Madrid: al poco tiempo figuraba ya como uno de los cadetes de Segovia, y allí por vez primera, se distingue defendiendo el gran Alcázar de la invasión carlista, al extremo de ser uno de aquellos jóvenes valientes que frustraron en esta ocasión los planes del abuelo del niño Terso.

Figura también Crespo en la toma de Morella, acción de Cantavieja y otras no menos importantes, hasta el término de la guerra de los siete años.—Concluida la campaña, se le destinó á la Guardia Real.

Llegan los sucesos del año 41, y Crespo forma parte de la división que marcha á Pamplona en persecución de los sublevados.

El 42 es nombrado don Antonio Alcalá Capitan general de Filipinas, y Crespo, pariente cercano de este general, se embarcó en clase de ayudante suyo.

Más adelante, desempeñando el mando superior de aquel archipiélago el general Clavería, comisiona al comandante graduado Crespo para que, al frente de su compañía, proceda al desalojo de los infieles que en aquella sazón asediaban la provincia de la Union, lo cual cumplió con valor y energía admirables.

Al poco tiempo tiene lugar la toma de Balanguingui por el mencionado general Clavería, y también en aquellos notables hechos de armas, se encuentra Crespo, demostrando, como siempre, su no desmentida intrepidez, al mismo tiempo que su pericia militar.

Regresa á España Crespo, y alcanza todavía los sucesos de Cataluña del 48, en los que logra distinguirse, mereciendo de sus jefes los elogios á que se hace acreedor todo buen oficial.

Atravesaba la Península en esos momentos por los trastornos políticos que todos conocemos: Crespo es perseguido por liberal; se le encierra en el castillo de Lérida, donde permanece más de un año, y absuelto de toda culpabilidad, según sentencia muy favorable á su persona, se le declara en situación de reemplazo.

Queriendo alejarse de los disturbios políticos de España, ansioso de servir á su patria en el campo del peligro, solicita el 53 su pase á Filipinas, que seguidamente le fué otorgado.

De Capitan general de nuestra colonia asiática se hallaba entonces el marqués de Novaliches, quien, tratando de reducir á la obediencia á los moros del Sur, había establecido el Gobierno de la Isabela; pero necesitaba un jefe joven y entusiasta á la vez, y de un valor reconocido, que interpretando perfectamente sus miras, las llevase al terreno de la práctica. Coincide esto con la llegada de Crespo, y es en seguida elegido para el mando de dicho gobierno. De como correspondió á la confianza que en él se depositara, basta recorrer los diarios de Manila de aquella época, para penetrarse de los buenos servicios que á la Patria prestó entonces el teniente coronel Crespo.

El año 55 concibió el Gobierno el proyecto de estudiar toda la parte de Mindanao: al efecto, nombró una comisión hidrográfica para que sobre el terreno procediera á los trabajos oportunos: de esa comisión era Crespo Vice-Presidente.

Después de mil penalidades y contratiempos, vuelve á los seis meses á Manila la comisión, y entre sus individuos Crespo, que presenta al Capitan general una lucida memoria, la cual, acompañada de otros no menos importantes documentos, fué origen de la colonización de todo aquel territorio, sujeto hasta esa época á las piraterías y vejaciones de los moros de Joló.

El año 57 regresó Crespo á España, porque su salud se hallaba en extremo resentida, de resultas de las penalidades y trabajos que pasara en el archipiélago persiguiendo con incansable energía á los rebeldes moros.

Dos años estuvo de reemplazo, hasta que se le dió el mando de un cuerpo.—Tiene lugar la gloriosa guerra de África, y allí vemos al coronel Crespo siendo objeto de merecidas y justas alabanzas del general en Jefe. En Cabo Negron dá una carga á la bayoneta que es aplaudida; tomada aquella altura, su regimiento queda en cuadro y herido de bala en el bajo vientre su joven Jefe, que es trasladado á Málaga para su curación.

Milagrosamente restablecido de tan grave herida, retorna á África, se encarga nuevamente del mando que le estaba confiado, y en la división del general Prim permanece, tomando parte en diferentes acciones y encuentros hasta que se firmó la paz y nuestras tropas regresaron á la Península.

La entrada de Crespo en Barcelona fué en medio de grandes ovaciones, así como las fuerzas de su mando.

Los principales comerciantes de la ciudad condal ofrecieron un magnífico banquete á la oficiales de Arapiles, cuyo batallón Crespo mandaba, y en él fué objeto de las más entusiastas demostraciones y de la más cordial y espontánea manifestación de simpatía que puede recibir un valiente.

En Cataluña permaneció hasta el año 61, en que con motivo de la insurrección socialista de Loja, se le manda trasladar inmediatamente á este punto con su regimiento, y Crespo presta nuevos servicios á la causa del orden, sofocando con energía y denuedo aquel movimiento socialista.

Figura luego en el mando de una brigada en el Ejército de Castilla la Nueva. El 65 se le destina de cuartel á la provincia de Cuenca. Ocurren los acontecimientos del 66, y Crespo es perseguido: pasan unos meses y es preso en Valencia por

tribuísele la idea de levantarse en armas con la guarnición contra el Gobierno constituido; se le conduce á Cádiz, y es allí encerrado en el castillo de San Severino, embarcándose luego para Canarias, punto á que había sido expatriado.

Reconoció la inocencia de Crespo, se le levanta el destierro y vuelve á España.

No habían transcurrido muchos meses cuando tiene lugar la revolución de Setiembre. El Poder Ejecutivo quiere utilizar los servicios de Crespo, y al efecto le nombra gobernador militar de Alicante, á la sazón en gran peligro por las maquinaciones de los republicanos; y la nueva Autoridad, con exquisito celo y serenidad de carácter, comprende perfectamente sus deberes, los llená á satisfacción del Gobierno y hace renacer la tranquilidad y el reposo en la provincia toda de su mando.

De Alicante fué trasladado á la Comandancia general de Gerona, con el encargo especial de perseguir y aniquilar las partidas carlistas que por aquella demarcación existían, y Crespo cumplió con la comisión, al extremo de dispersarlas y hacerlas atravesar la frontera.

Viene el año 69, y á su vez el pronunciamiento republicano: después de Valencia, Gerona era la provincia más comprometida: pónese Crespo al frente de las fuerzas de que podía disponer, y vá en busca del enemigo. Este se había apoderado de La Bisbal; la plaza encerraba sobre cinco mil insurrectos, y Crespo, con un puñado de valientes, hace un reconocimiento que les ocasiona grandes bajas, y cuando volvía con los trenes de batir que á su petición mandara el Capitán general, los republicanos abandonan la ciudad, no sin perseguirlos en su retirada hasta verlos internarse en Francia y hacerles muchos prisioneros, entre los que se hallaba el célebre diputado señor Caimó.

A fines del 69 fué Crespo nombrado comandante general de Cádiz; allí evitó grandes conflictos y desgracias entre el pueblo y la Municipalidad.

En diciembre del 70 es Crespo uno de los generales que van á Cartagena con el encargo de recibir al nuevo monarca, y el 2 de enero del 71, entra en Madrid con D. Amadeo de Saboya, en clase de primer Ayudante y Jefe de su cuarto militar.

Mereciendo la confianza de S. M., se dá más tarde á Crespo el mando de la primera división del Ejército de Castilla la Nueva.

En las últimas elecciones de Diputados á Cortes, la capital de Cuenca le aclamó por unanimidad su representante, y toma asiento en el Congreso, donde se distingue por las ideas de orden que siempre ha profesado, y en cuya defensa son frecuentes los ofrecimientos que de su persona hiciera al rey y al último gabinete presidido por el general Serrano.

Vamos á terminar.—El general Crespo es hombre de principios juiciosos y rectos, y extraños, por lo tanto, á toda exageración política. Sus aspiraciones descansan únicamente en la prosperidad y bienandanza de la Patria.—Militar de carrera justificada, ha obtenido sus ascensos por méritos de guerra y antigüedad, según se observa en su honrosa hoja de servicios.

Uno de los últimos decretos que refrendó el gabinete Serrano fué su nombramiento de Segundo Cabo de esta Capitania general, cargo que nos complacemos en consignar haya recaído en quien cuenta con tales merecimientos, á la par reúne para su desempeño circunstancias recomendables.

Dentro de breves días el general Crespo se encontrará entre nosotros, y el pueblo leal de la Habana tendrá ocasión de conocer las dotes que tanto distinguen á ese bizarro militar.

JUAN LANAS.

CUENTOS DE MANIGUA.

CUENTO CUARTO.

LAS DOS BARAJAS.

XXIII.

No miento al asegurar que aquella noche, en la exacerbación que dominaba mi alma, acaricié el suicidio, el asesinato y cuantos crímenes registra el Código penal; y no debe usted dudarlo, amigo mío: pocas veces se presentan en la vida situaciones tan difíciles como la que entonces atravesaba; la declaración de doña Casiana era terminante, y nada podía esperar ya de la familia; pero ¿había de renunciar al amor de Adelina? ¿No era por ventura aquella mujer el ideal de mis ensueños?....

Al amanecer, encontrábame rendido de dar paseos por la alcaoba, pues aunque varias veces me había acostado, tratando en vano de conciliar el sueño, conocía bien pronto que me era imposible dormir, y me levantaba á seguir luchando con sin encontrar el medio de acercarme á Adelina pa-

ra confabular con ella y convencerme de que tenía que renunciar á su cariño. A las ocho me lancé á la calle y fui á visitar á don Ruperto Casamayor, que me aguardaba, según deduje de sus palabras.

—He conocido los pasos de usted, me dijo, y su cara me anuncia el estado de su alma.

—¿Sabe usted lo que ocurre? le pregunté, estrechándole la mano con agitación casi febril.

—No, pero lo adivino; conozco bien el terreno que usted pisa, y me parece que una nueva excisión ha surgido entre usted y mis hermanos.

—¿La cosa es grave, señor Casamayor?

—Muy grave? Los enamorados, añadió sonriendo, ven con cristales de aumento todo lo que afecta á su pasión.

—Juzgue usted por sí mismo, si es que ya no tiene conocimiento de lo que me pasa.

—Hace dos días que no voy á casa de Gonzalo; y creo que no volveré á pisar aquellos umbrales.

—Esa determinación, dije todo contristado, envuelve una desgracia para mí.

—¿Por qué?

—Porque confiaba en que usted seguiría siendo el protector de nuestros amores.

—Mi cuñada se ha pronunciado hostilmente contra la causa de España, y no es posible, sin comprometerme, tomar cartas en el asunto á que usted se refiere.

—¿Es decir que me abandona usted á mi desventura?

—¿Qué quiere usted de mí?

—Los padres de Adelina se han quitado la careta, cortando conmigo toda clase de relaciones.

—Pero, ¿en qué fundan hoy su hostilidad?

—En la exigencia de que rompa mi espada y deserte de mis banderas para seguirlos al campo.

—¿Qué atrocidad!

—Es inculcable la conducta de doña Casiana!

—¿Qué le dijo á usted, amigo Pacheco?

—Debe usted adivinarlo: que mi honor está por encima de todo el mundo, y que me quedaría en Puerto Príncipe.

—¿Y Adelina?

—Ese es el caso; no es posible que Adelina esté resuelta á abandonarme; y este favor era el que de usted esperaba.

—¿Qué favor? preguntó don Ruperto con muestras del mayor asombro.

—Nadie mejor que usted podría inquirir su voluntad y avisarme para determinar.

—No, amigo mío; no debo, ni quiero poner los pies en una casa, donde sus habitantes piensan de una manera tan diferente á mí; he nacido bajo la sombra de la bandera de España, y bajo esa sombra moriré, deplorando que mis paisanos, y más todavía, personas tan allegadas de mi familia, se hayan vuelto locos. ¡Seré siempre un cubano leal!

—La patria agradecerá á usted esa lealtad tan justificada; pero así como usted sostiene firme en su corazón el sentimiento de esa noble adhesión á la madre común, mucho ganaría usted si arrancara á la causa de los rebeldes una víctima inocente, pues inocente será siempre Adelina al dejarse conducir fuera de su ciudad natal y lejos del hombre que ama.

—Mucho me complacería, dijo don Ruperto con tono freforoso, que mi sobrina se quedara conmigo y no fuera al campo á correr los peligros de la guerra; pero estoy resuelto á no dar pasos que pudieran traerme perjuicios; será algo egoísta la determinación, pero la encontrará usted justificada. Si trato de convencer á mis hermanos, me hago en cierto modo cómplice de un delito de infidencia, puesto que no los delato. ¿Puedo obrar así con quien tanto quiero, á pesar de sus opiniones? ¿No sería en mí una infamia de-honar mi propio apellido?

—Doy á usted la razón, amigo Casamayor.

—Entonces, compadézcame usted como le compadezco; y le suplico que no volvamos á tratar de tan enojoso como peligroso asunto.

Don Ruperto me extendió la mano en ademán de despedirme, y salió de su casa con el alma traspasada de dolor y en una situación difícil de explicar.

Al entrar en mi alojamiento, me arrojé en la cama llorando; ¿por qué he de negarlo? ¡Este hombre, que ha visto usted tan veleidoso, tan ligero de carácter, había fijado su corazón, y sentía de veras los tormentos del más puro de los amores, contrariado por el más fatal de los imposibles!....

Era preciso comunicarme con Adelina, y no encontraba el medio de hacerle llegar una carta, ni mucho menos de verla; el tiempo apremiaba y mi exasperación crecía, hasta que dos horas después de cavilar, di con el camino que buscaba: me acordé de la amiga de Adelina, á cuyo nombre remitía desde Nuevitas mis cartas; en alas de mi impaciencia, volé á su casa, suplicándole que me amparara; y ella me brindó su protección con esa generosidad tan natural en las mujeres, que están siempre dispuestas á socorrerse, aunque se aborrezcan, cuando saben que se las contraría, se las persigue ó se las

Obtenido el consentimiento, corrí de nuevo á casa, cogí una pluma, y escribí estos renglones:

“¡Ten lástima de mí! ¿Es verdad que me amas, Adelina? Muchas pruebas me has dado de tu cariño; pero necesito la última. Sé que la prueba es dura para una niña educada en el rincón de la familia; pero el amor es el primero de los deberes; y más me atrevo á exigirte, porque veo que corres á tu perdición, siguiendo la suerte de tus padres, que han caído en la más desatentada de las locuras; un padre no tiene derecho para precipitar á sus hijos; no olvides que en el campo está el crimen de traición, y que en la ciudad, además de acreditar tus instintos leales, te reclama el hombre que te ama con todo su corazón. ¿Desoirás mi voz?.... ¡Es imposible!..

“La guerra que extiende por los campos sus brazos, armada con el puñal de la destrucción y la tea del incendio, es una guerra de raza, por más que quieran asegurarte otra cosa. Medítalo bien, y hazte fuerte, pensando en que te pertenezco y en que mi vida está acaso pendiente de tu resolución. ¿Podría soportar el rudo desengaño de verte abandonarme para poner entre los dos una barrera insuperable? El amor dá fuerzas, y por si te faltan, en este papel te envío las que contrarresten las vacilaciones naturales de tu timidez. Tu tío permanece fiel á la causa de España, y á su abrigo puedes vivir, ofreciéndome la felicidad, porque la felicidad está hoy para mí encerrada en tu resolución.

“¡No me abandones, Adelina! Rechaza las sugerencias de tu madre, y acuérdate del hombre que te adora! Día llegará en que agradezcas mucho mi consejo, pues la traición no dá por fruto más que los dolores y las amarguras. Te amo, y espero tu respuesta con la vida pendiente de la punta de la pluma. Piensa en la suerte de tu—Félix.”

Contento con la buena intención y con el fondo de mi carta, la puse en seguida en manos de la amiga de Adelina, que fué al momento á casa de esta, para complacerme, ofreciendo traerme una esperanza.

Dime algunos paseos por las calles, procurando no acercarme á la plaza de la Soleá para no alarmar nuevamente á doña Casiana, y al oscurecer volví á ver á la amiga de Adelina, que me esperaba con la cara muy triste; mi corazón marcó un latido violento, ese latido que anuncia siempre la desgracia, presagio de las tempestades del alma, y con voz muy nublada, le pregunté:

—¿Qué me trae usted, amiga mía?

—Cuatro renglones, me contestó.

—Pocos son para nuncios de la felicidad; muchos para mensajeros del mal.

Extendí la mano, cogí la carta, y sin abrirla, fuera por miedo ó por no delatar la impresión que había de producirme, corrí á mi casa, donde devoré con los ojos espantados los cuatro renglones que me había entregado la amiga de Adelina. Hélos aquí:

“Tu carta me ha hecho derramar un torrente de lágrimas, porque me trae la desventura; pero nuestra desventura es inevitable. ¡Te amo, Félix! ¿Temes que la muerte se interponga entre los dos?.... Correré mi suerte, porque no puedo, mejor dicho, no sé separarme de mi madre. ¡Soy esclava de su voluntad! ¡Adios y olvidame!—Adelina.”

Un rayo no me hubiera herido en la frente como las palabras de aquellas mujer, que creía tan unida á mí por el lazo del más noble de los amores, y que me abandonaba por lanzarse á su perdición en compañía de la más páfida y más desnaturalizada de las madres. Los muebles del cuarto bailaron ante mis ojos, mi cabeza vaciló, y caí sin sentido....

¡Ay! ¡qué recuerdos, amigo mío!.... Una fiebre maligna se apoderó de mí, y estuve á las puertas de la muerte; pero la patria me necesitaba, y mi juventud triunfó de tan grave enfermedad.

A los ocho días, la calma se había restablecido en mi cerebro, perturbado por el delirio, y el médico declaró que estaba fuera de peligro.

Cuando dejé la cama, encontré á mi lado á mis compañeros de batallón, y estrechando la mano de Julian, que era el que más me quería, le pregunté por Adelina; calcule usted el efecto que haría en mí su respuesta:

—Adelina ha muerto para tí!

—¿Muerto?

—La familia Casamayor ha desaparecido de la ciudad.

—¿Ella también?

—También, Félix. ¡Piensa en la patria!

¡Doblé la cabeza, y me propuse vivir! Y aunque mutilado, amigo don Juan, aquí me tiene usted en esta cama, sufriendo las amarguras del más cruel de los desengaños, y las consecuencias de mi lealtad, con una pierna menos.

—¿Y Adelina?

—No he vuelto á saber de ella. ¡Dios velará por su vida!

He concluido mi relación.

El alférez echó la cabeza en la almohada, y se quedó dormido con el sueño del justo.

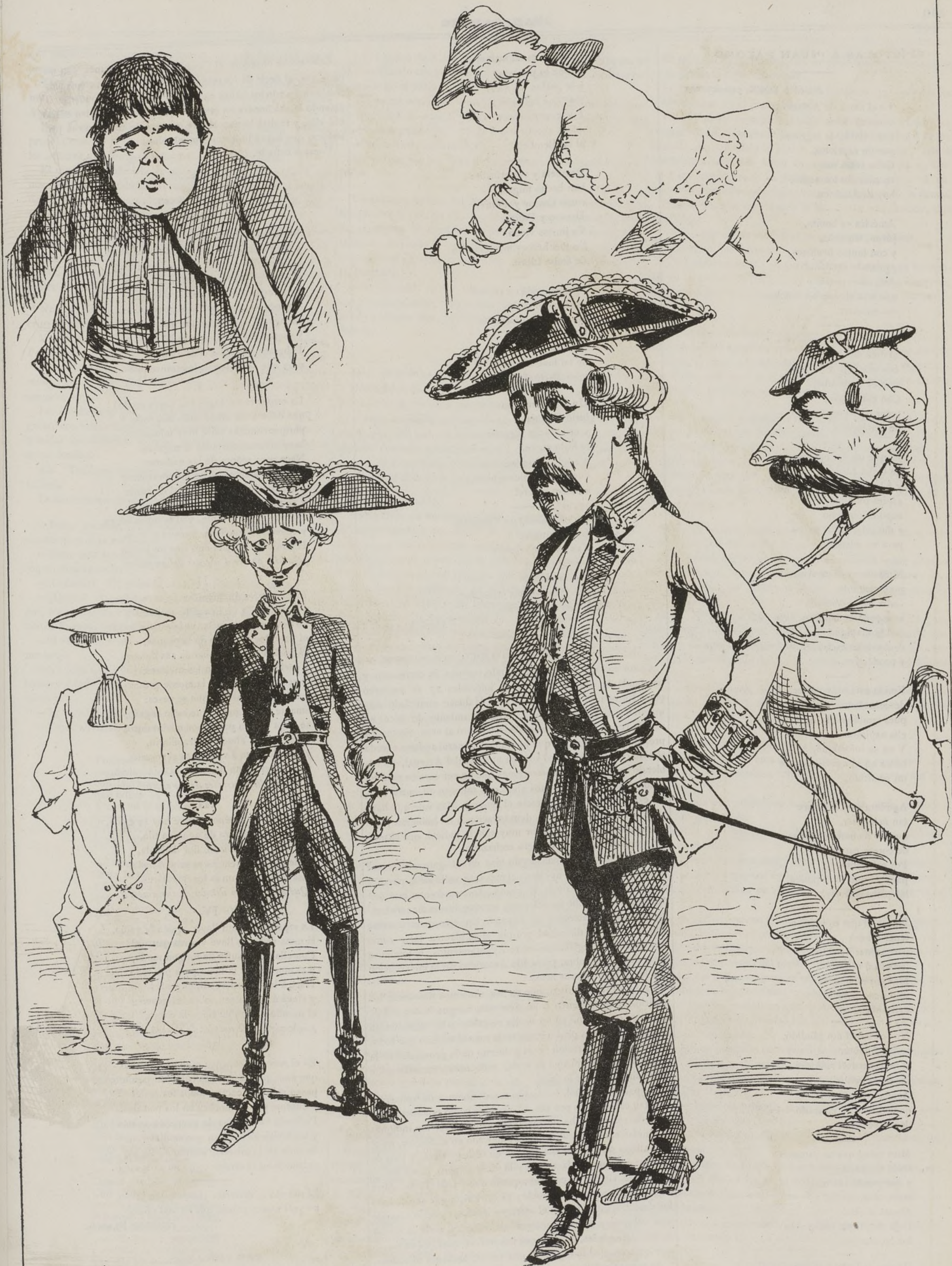
(Continuará.)

JUAN-SIN-TIERRA.



La bella Sra. Hueto.

La simpática Emilia Leonardi.



El sobrino de su tío.

El marqués de San Estéban,
mes catalá que Déu.

El cabo Feralta.

EPÍSTOLAS Á "JUAN PALOMO."

NUEVA YORK, 5 DE OCTUBRE.

Es el amor de Aldama
como el de un niño,
que cambia de juguete
por un capricho.
Cuba ántes era
su adorado tormento;
hoy es América.

América es bonita,
jóven, trigueña,
y con tantos hechizos,
¿quién la desdén?
Así, no extraño
que tras ella anden muchos
americanos.

Celebrar quiere América
el diez de Octubre
con más lujo y boato
que de costumbre.
Con ese objeto,
tener quiso un vestido
de terciopelo.

El que un día fué agente
de Cuba Libre
y á la agencia de América
aspira humilde,
supo el capricho
y dió seiscientos pesos
para un vestido.

Mientras se viste América
muy elegante,
Cuba Libre desnuda
se muere de hambre.
Ay! la manigua
de América es más fértil
y productiva.

Emilia está muy triste,
desconsolada,
pues también á la Agencia
ella aspiraba.
Y en su infortunio,
busca en el nuevo Agente
un sustituto.

Aguilera está el pobre
tan laborante,
que no ha tenido tiempo
de comer carne.
Por esto llora,
pues vé que se le ponen
las piernas flojas.

Piensa él que es preciso
tener dinero
para comer venado,
ternera ó puerco.
Mas por sus males,
sólo tiene papeles
extra-oficiales.

No sea usted tan cándido,
señor Agente,
si no quiere el ridículo
ser de la gente.
Acuda á Emilia,
que conoce un mercado
donde se fia.

Mire usted que no estamos
en la Cuaresma,
y que puede ser mala
tanta abstinencia.
¡Canas al aire!
Deje usted que murmuren
los laborantes.

Hánme dicho que hay otra
Emilia en danza
que frecuenta á menudo
la plaza de "Armas."
Esta no borda,
pertenece á la Armada
y es amazona.

Bembeta es alfousino;
¡quién lo pensara!
y le gustan las flores
más que las balas.
Por esto América
adora con delirio
al tal Bembeta.

Bembeta y el periclitito
han hecho migas,
como Castor y Polux,
Damon y Fidas.
Ya juntos viven
los dos héroes más grandes
de Cuba Libre.

Nunca puede un secreto
guardar Manolo,
porque sus secretarios
los roban todos.
Bien dice el dicho:
de tal maestro salen
tales discípulos.

Un talego repleto
birló Varona,
y una sortija Aguirre
le birla ahora.
Manolo, observe
que quien á hierro mata,
á hierro muere!

Cárlos Manuel de Céspedes
está escamado,
y ya venir no quiere
por este lado;
pues ha sabido
que al rey de los mormones
lo han aprehendido.

JOHN BULL.

PUERTO RICO, 30 DE SETIEMBRE.

Como todo llega en este mundo, ménos la correccion y enmienda de los laborantes, el miércoles 27 se embarcó para Europa el general Baldrich. Habíase anunciado una magnífica ovación, serenata, acompañamiento de botes en son de regata, y otras menudencias; pero si eran ciertos los preparativos, y yo creó que lo eran, el general anduvo cuerdo al evitarlos y se embarcó sólo en un bote del Arsenal, no habiendo habido más demostraciones que un refresco en casa del señor Igaravides y algunos vivas que salieron de entre ciertos espectadores al embarcarse el general. Más vale que haya sucedido así, porque estas demostraciones no hubieran podido ménos de llevar un sabor muy subido radical, que el mismo general Baldrich hubiera rechazado.

Ahora todas las miradas están fijadas en el general Gomez Pulido, cuyas intenciones hasta el presente nadie sabe, por más que él no excuse traslucir de cuando en cuando que está dispuesto á llevar á cabo las reformas, aunque de una manera conveniente á los intereses de España. En esto precisamente está la verdadera dificultad, porque si se plantea tal y como está escrita la legislación sobre Ayuntamientos, autonómica hasta dejarlo de sobra, priva á la Autoridad de la intervencion que ha de tener en sus actos.

Ya sabes tú, PALOMO, que en los cimientos descansan los edificios, y se sostienen ó se derrumban segun la bondad de aquellos; pues bien, yo no vacilo en calificar la organizacion municipal como la piedra angular de todo el edificio que constituye la administracion y el gobierno de la provincia: si la administracion municipal es mala, todo será necesariamente malo, sin que nadie lo evite.

El partido español, bautizado con el nombre de conservador, tan calumniado por sus adversarios como opuesto á toda clase de reformas, ha desmentido una vez más tan indignas calumnias en un artículo notable publicado en el *Boletín*, en el cual afirma que no sólo no rechaza en tesis general la idea de reformas, sino que la acepta y la desea, pero prudentes y racionales, sin dar al país más que lo que pueda llevar sobre sí. Esto es lo racional, lo noble y lo patriótico; que sentar aquí los derechos individuales, el sufragio universal y otras cosas de esta naturaleza por que abogan los radicales, sería la mayor de las calamidades, porque nos llevaría al caos. Si es eso lo que quieren, que lo digan de una vez sin ambages ni rodeos.

Se suena también que el nuevo general se propone acometer la árdua empresa de la cuestion social; veremos qué resulta de ella cuando sepamos cuál es su pensamiento.

Hay calma chicha en todo: un calor infernal, trasunto de las calderas de Pedro Botero, y una compañía de verso muy pasadera. La tranquilidad continúa inalterable; han vuelto las retretas á la plaza, y nada ha ocurrido ni ocurrirá mientras los muñidores vean energía.

Esta noche obsequia el Casino al general Gomez con un baile que, al decir de los iniciadores, será brillante, como acostumbra á serlo los bailes en Puerto Rico. Juanito piensa ir, dejando la chichonera en casa, porque no le permitirían entrar con ella, y te dirá lo que ocurre, aunque de antemano te pronostica que habrá lindísimas muchachas.

Vuestro cofrade,

JUANITO.

SECRETOS.

En la celda de un loco que estaba en hábia y hace cuatro ó seis días murió de rabia, hallé medio tapados con dos ladrillos dos ó tres papeluchos muy amarillos. Eran unas curiosas definiciones del loco sacrosantas inspiraciones, hechas en sus momentos más felices y escrita con la sangre de las narices. Echemos á la calle tales apuntes para que se diviertan los transeuntes.

I.

La mujer es un ángel (en cierto modo) que debe estar atado codo con codo, porque como se mire muy mimadito, hace muchas trastadas el angelito. Nace para señora de las naciones y arregla á su capricho los corazones; vende cualquier secreto casi de balde y se pinta la cara con albayalde. Se hace la indiferente, y al hombre adora, y cuando le conviene, suspira y llora. Habla toda su vida más que un lorito; ¿Qué les parece á ustedes del angelito?

II.

Es el hombre un sugeto muy apreciable, á distancia de un tiro muy aceptable; no tiene consecuencia, ni le es precisa, ni tiene ley al cuello de la camisa; vá haciendo caso omiso de sus deberes y suele divertirse con las mujeres; le seduce del mundo la eterna gresca y casi nunca sabe lo que se pesca; amante del negocio, que es lo seguro, se pega con su padre por medio duro; cruza la vida airado y atrabiliario, y cuando llega á viejo reza el rosario; para hacer algun daño nunca está quieto, ¿Qué me dicen ustedes de ese sugeto?

III.

Es el amor, al ménos el que hoy se estila, una especie de taza de agua de tila, calmante antinervioso, flor delicada, ni tiene consecuencias ni sabe á nada; pasatiempo le llaman los amadores, ¿Qué me cuentan ustedes de sus amores?

IV.

La riqueza es gran llave; ¿quién la valúa, si unas veces es llave y otras ganzúa? Con ella no se sufre de ningún modo, y el mortal que la tiene, pasa por todo. Hace á los majaderos inteligentes y eleva á la gentuza sobre las gentes; el mundo miserable ciego la adora, ¿Sabe alguno de ustedes de esa señora?

V.

Es el pobre un zopenco muy mal vestido, que anda por esas calles como un perdido; pesan sobre su cuerpo todos los males y duerme por las noches en los portales. Pidiendo vá limosna de puerta en puerta y los hombres le dicen que se divierta. Sumido en la miseria, metido en fango, se muere en el arroyo como un zanguango.

El mundo se divierte: ¡Lector, ten juicio, no seas nunca pobre, que es mal oficio!

EUSEBIO BLASCO.

SARTENAZOS.

"Cuando uno no tiene dinero para pagar el alquiler de la casa, el mejor remedio es tener casa propia," dice una canción francesa; pero tener casa propia es una felicidad que no está exenta de disgustos.

Hay reclamaciones de los inquilinos, hay reparaciones que hacer, contribuciones que pagar, cobradores que mantener y demandas que entablar, sin contar alguno que otro pleito

que puede caer sobre el propietario con más facilidad que el premio grande de la lotería.

Tantos inconvenientes han hecho pensar á cierto individuo muy ingenioso, que lo mejor en este caso era *cobrar los alquileres sin ser propietario*.

Esta idea felicísima encontraría indudablemente muchos prosélitos si no tuviera la desgracia de no ser del agrado de los señores que componen los tribunales de justicia.

El medio de realizarla es muy sencillo; el industrial á que nos referimos ha fabricado recibos que firma con el nombre de los verdaderos poseedores de las fincas, y cobra sin pagar impuestos de ningún género.

El creador de este procedimiento económico ha hecho, según se nos dice, algunos experimentos con buen éxito. Última es que si continúa, no tropiece con la casa grande de la Punta, á cuyos inquilinos difícilmente podrá cobrarles el alquiler de las habitaciones que ocupan.

Nuestro compañero Juan Pérez, (Mariano Ramiro) ha escrito un libro humorístico que titula: *¡Alsa, pilili!*

Y no sólo lo ha escrito, sino que también lo ha impreso. Probablemente en todo el mes que corre se pondrá á la venta.

El ser Ramiro, además de amigo querido, compañero de redacción, nos prohíbe añadir una sola palabra que parezca recomendación.

Pero si diremos que *¡Alsa, pilili!* es un tomo de 300 páginas, con buena impresión, conteniendo artículos de buenas y malas costumbres, poesías patrióticas y satíricas y otras menudencias.

Ah! También diríamos que su precio es un peso. ¡Una miseria!

La suscripción está abierta en la redacción de este periódico.

—Pero, hombre, ¿qué diablos le sucede á Doña Emilia Casanova que ya no suena?

—Nada más sencillo; no suena porque ya no hay quien la toque; está cascada.

—¿Canastos! Y ¿quién la cascó? quiero decir, quién la...

—¿Quién? Hombre, usted parece tonto! En primer lugar, los cincuenta y pico de revolcones que le han dado otros tantos Eneiros; luego Cirilo, que no es rana; luego....

—Si vá usted á meterse en la vida privada de esa señora, me largo.

—No diga usted majaderías; los años son cosa pública, pertenecen á todo el mundo, y en cuanto á Cirilo, su verdadero cónyuge.....

—Es usted incorregible. Abur.

—Vaya, aliviarse y memorias á.... Cirilo.

Postrada Juana de hinojos, rogaba á San Saturnino con lágrimas en los ojos que odiase su esposo el vino. Y con tal fe lo pidió, que el santo estuvo indulgente, pues el vino aborreció y hoy sólo bebe aguardiente.

—De viruelas enfermó, decía Pablo, mi tío; y fué su mal tan impío que los dos ojos perdió. —¿Los dos no más? dijo Andrés, Y contestóle el buen Pablo: —Los dos no más. Pues ¿qué diablo! ¿había de tener tres?

—¿No os convertireis del todo? preguntaba un confesor á un militar, cuya historia era de lo más atroz. —¿Del todo, padre? imposible! el penitente exclamó: nunca hizo más un soldado que cuartos de conversión.

Hácese muchas preguntas, poco te respondo á todas, y no es porque son tantas, si no es porque son tontas.

En tanto que el amor dura, toda locura es fineza; luego que el olvido empieza toda fineza es locura.

Donde sus siete maridos Cloe tiene sepultados, para mostrar cuán amados le fueron y cuán queridos, ha mandado allí escribir que ella les dió sepultura; y escribió la verdad pura, que ella los hizo morir.

Lo que ha ocurrido en Chicago es una desgracia inmensa, y más desgracia porque se vé uno privado de contarla y de repetir muchas veces ¡pobre Chicago!

Lo digo por el pícaro nombre que tiene ese pueblo y lo expuesto que es pronunciarlo; sobre todo, si tiene usted la fatalidad de darle á la *Ch* sonido de *ese*.

Ya, ya!

En el teatro de Albuhan han suprimido una fila de lunetas, y han suprimido también un palco bajo; todo para dar ensanche y desahogo al patio.

Ah! se me olvidaba: también hay un actor, ó cosa así, que ha suprimido la letra *z*, y dice con toda la gravedad que requiere el argumento:

—No *ostante*, me *astengo*.

Me parece que por falta de supresiones no se quejarán ustedes.

Un ardiente devoto del *ojos Baco* se acercaba una mañana temprano á la cantina de un café con la sana intención de *matar el gusano*. El cantinero le despacha su *rasca-buche*, y el bebedor, elevando la copa á la altura de la nariz, dirige al contenido el siguiente *speech* antes de permitirle el paso por su garganta:

—Vas á entrar en mi estómago, pero tengo que hacerte una recomendación; puesto que tú eres el primero, escoge el sitio y colócate bien, porque hoy habrá una entrada.... de *Raveles*.

MODAS.

Traje de baile para señoras, según la última novedad.

Doble falda de tela de araña ó de cebolla, adornada con tres hileras de castañas ¿no se usan las bellotas? chal de color ilusión marchita; peinado de las dimensiones de la farola del Morro, con una coliflor en el rizo izquierdo; zapatos de silencio (cuando el zapatero vaya á cobrarlos); pendientes... cuentas de la modista, y abanico grande con guarismos claros que digan el dote de la interesada.

Traje para la calle.

Doble falda de distintos colores, la segunda recogida á los lados con tornillos que entran en la carne (si la tiene la individuo) para más seguridad; garibaldina de pelo de rana (las más elegantes prefieren que la rana sea viuda; al cuello una cinta de esparto con un tarjetón que indique el nombre, apellido, edad, y las señas de su habitación, por si le dá algun soponcio en la calle.—Es importantísimo eso de poner la edad, porque si la dama excede de treinta años, tan igual es que le dé el patatús en la calle, como que no le dé, y sabiéndolo, puede uno pasar de largo.—Se llevan mucho á la cabeza sombreros de alas de mosquito con plumas de culebra.

Y por hoy nada más dicen los periódicos de modas.

Dos hombres se presentan en la estación del ferro-carril de Villanueva. Se llegan al despacho y piden dos billetes para perros.

Al penetrar en el andén, el portero les pide los billetes y los examina y busca los perros con la vista.

—¿Dónde están los perros? pregunta.

—Somos nosotros mismos, que como hemos visto que á esos animales se les lleva en el tren por menos precio, hemos creído prudente acomodarnos en la perrera.

El conductor se desmaya.

Por muy mal que hicieran *El Juramento* en Albuhan, no es posible que el público, disgustado, arrugue el entrecejo.

Figúrense ustedes que Antón Rodríguez, el de la pomada regeneradora, hace el papel de Barón. ¿Cómo es posible que se presente ninguna arruga en el rostro de los espectadores!

¿Qué pensamientos tan profundos tienen los escritos de Ramon Céspedes!

En un artículo titulado *Palabras de una insurrecta*, leo lo siguiente, que me ha puesto muy triste:

“El aire, el oxígeno que respira un hijo de Cuba, se descompone cuando se presenta un asturiano ó un vendedor de fósforos español.”

¿Ha visto usted qué pícaro aire!

Me parece que bien podemos decirle, como dice el barítono del teatro de Albuhan en *El Juramento*:

—*Ma comprumetes!*

Aún suceden milagros.

Una mujer de Corinthia, que había sido estéril por mucho tiempo, cesó al fin de serlo y dió á luz dos gemelos. Llena de reconocimiento hacia la Virgen Santísima, regaló á la capilla de Nuestra Señora de Weistschac un cuadro votivo que la representaba con dos niños en los brazos. Bajo el cuadro se leía la leyenda siguiente: “Gracias á la intervencion de la bienaventurada Virgen María y al concurso del señor cura de N., ha sido escuchado mi más ardiente deseo y cesado de ser estéril.”

Lo que falta por saber es qué le parecería al marido del contexto de la leyenda.

Los golpes que el boticario dá en su almirez ó mortero, son los dobles de campana que anuncian que hay un entierro.

El capítulo de la sensibilidad no tiene muchos aficionados en el presente siglo. Ejemplo:

Leíase en un periódico un hecho histórico que prueba un noble corazón en el protagonista.

Un individuo, cuyo padre había hecho bancarrota hace cuarenta años, ha consagrado la mejor parte de su vida á reunir la suma que constituía el pasivo paterno. Poseedor hoy de dinero necesario, este héroe de piedad filial se ocupa en buscar á los acreedores de su padre, y á medida que los vá encontrando, les entrega religiosamente el importe de la deuda.

Uno de los que escuchaban la lectura de esa noticia, dijo muy serio:

—No comprendo por qué se elogia tanto esa accion.

—Hombre, me parece....

—No encuentro nada de particular; ese señor paga las deudas de su padre. Bueno.... ¿y qué?... Mi padre hace diez años que paga las mías, ¿y han hablado acaso algo los periódicos?

—¡Ah! decía un fumador suspirando; es un momento bien triste en la vida aquel en que uno llega á convencerse de que la gloria, el amor y la felicidad no vale más que un cigarro.

—Y aún más triste es el momento, añadió el amigo, en que se descubre que el mismo cigarro no vale nada.

Los psicólogos, que conceden que el *yo* es una verdad, dudan por lo menos que lo contingente, la naturaleza externa, el *no yo*, sea una cosa cierta. A estos dubitadores de oficio no hay más que hacer que los muerda un perro como á Pirron, y entónces se verá que, como aquel, “les es difícil despojarse enteramente de la naturaleza humana,” y creen un su *yo* y en el *perro*.

Ahora sí, lectores míos, que está JUAN PALOMO en el verdadero ejercicio de sus funciones culinarias.

Dígoles esto, porque al par que con la diestra mano hilvano estos renglones, estoy con la opuesta llevando á la boca sendos trozos de unas deliciosas pastas, que mástico y saboréo con fruicion.

Sí, Sr. D. Ramon Gutierrez, á nadie mejor que á mí, profesor antiguo en el arte, pudiérais haber elegido para que emitiera mi opinion sobre la fábrica de *pastas* que habeis establecido con el título de *La Ambrosia*, en Jesus del Monte núm. 180.

Recomiendo, pues, á mis favorecedores vuestros sabrosos productos, porque lo merecen verdaderamente; y *laus tibi Christi*.

GEOGRAFIA AMOROSA.

Cuando un hombre ama á una mujer, y no encuentra medio de ponerse en relacion con ella, el hombre representa una isla.

Si encuentra un primo que lo acerque á la ninfa, entónces forma una *península*.

El primo, que es la porcion de tierra que le une al continente, es el *istmo*.

Si la jóven tiene una amiga que ha conocido nuestra passion, y la incita á que nos corresponda y nos sonrie y halaga, la amiga, avanzándose en el mar de nuestras ilusiones, es un *cabo*.

Y si en vez de una amiga es una tia ú otro pariente, persona *elevada*, entónces es un *promontorio*.

Si alcanzamos el consentimiento de la mamá, que nos defiende de los huracanes del papá, aquella es un *puerto*.

Y si no nos defiende, pero se muestra indiferente á que obsequiemos á su hija, entónces es una *cala*.

Todos aquellos parajes en que podamos hablar á la jóven al abrigo de todo compromiso con los papás, se llama *rada*, *fondeadero* ó *ensenada*.

Cuando nos ponemos en comunicacion con ella por medio de la criada, esta es un *estrecho* que une dos mares.

Si la criada no es muy escrupulosa y si algo *ancha* de manga, se llama *canal*.

Si no es fácil conquistarla, si no podemos pasar por encima de ella, es un *bajo*.

Se llama *barra* los obstáculos que se nos oponen hasta llegar á la jóven.

Los conocidos de ambos que secundan nuestros planes, son las corrientes que entran en el mar, y se llaman *rios*.

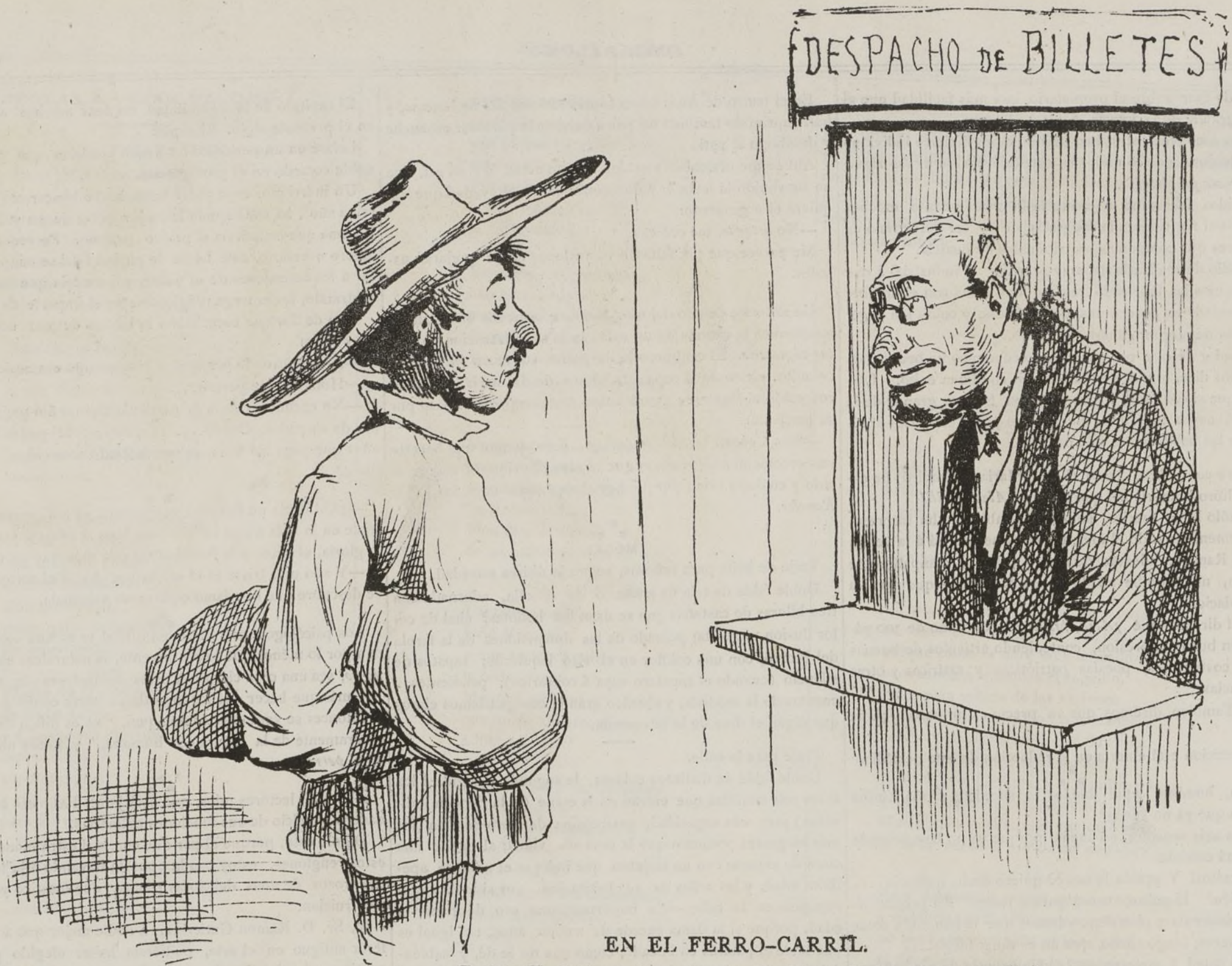
La persona á quien confiamos una mision cerca de ella, es la *desembocadura*.

Y cuando nos encontramos en plena posesion del objeto adorado, entónces.... ¡LA MAR!

ADVERTENCIA.

El presente número, que lleva fecha 18 del corriente, es en indemnizacion del de 1.º de octubre, que hemos dejado de publicar por causas independientes de nuestra voluntad.

Establecimiento tipográfico de “La Propaganda Literaria.”
CALLE DE O'REILLY, NUMERO 54.



EN EL FERRO-CARRIL.

—Podría V. decirme á que hora sale el tren de las once y media?
—Sí, hijo. A las doce menos treinta minutos.



LA IDEA FIJA DE DOÑA EMILIA.

—Todos son reveses. Decididamente la Providencia es española.—No se canse V. Doña Emilia; los españoles tienen una santa que les protege
—Y cual es?—Santa Carabina de Remington.